

las exquisitas diligencias con que intentaron empañarla mujeres lascivas. Dios confirmó la santidad de su siervo con repetidos milagros; los cuales, habiendo sido aprobados con la autenticidad acostumbrada, y examinadas sus virtudes en grado heróico, fué beatificado por Paulo V, y canonizado por Clemente X en el año de 1691.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesus, recomendable por la austeridad de su vida, por el don de oracion que habia recibido de Dios, el ánimo con que renunció las grandezas del siglo, y la resolucion con que se negó á admitir las primeras dignidades de la Iglesia.

En la isla de Candia, san Pinito, obispo muy distinguido; y lo fué de la ciudad de Cnoso, hoy Ginosá, y vivió en tiempo de Marco Antonino Vero y Lucio Aurelio Cómodo. En sus escritos ha dejado, como en un espejo, una viva imágen de sí mismo.

En Colonia, san Gereon, mártir, con otros trescientos diez y ocho, que, en la persecucion de Maximiano, alargaron animosos sus cuellos á los filos de la espada por la verdadera religion.

En las inmediaciones de la misma ciudad, san Victor y sus compañeros, mártires.

En Bona de Alemania, san Casinso y san Florente, con otros muchos mártires.

En Nicomedia, san Eulampio y santa Eulampia, virgen, su hermana, mártires. Habiendo sabido Eulampia que su hermano era atormentado por la fe de Jesucristo, se abalanzó por entre la turba, y se llegó á él abrazándole tiernamente. Al punto fueron ambos metidos en una caldera de aceite hirviendo; mas no habiendo recibido lesion alguna, consumaron

su martirio siendo decapitados con otros doscientos, que, movidos del prodigio, habian creído en Jesucristo.

En York de Inglaterra, san Paulino, obispo, discipulo de san Gregorio papa, que, habiendo sido enviado por él con otros á aquel pais para predicar allí el Evangelio, convirtió á la fe de Jesucristo al rey Edwin y á su pueblo.

En Piombino de Toscana, san Cerbonio, obispo y confesor, quien, segun relacion de san Gregorio, resplandeció en milagros durante su vida y despues de su muerte.

En Verona, otro san Cerbonio, obispo.

En Capua, san Paulino, obispo.

En Nantes, san Claro, primer obispo de aquella ciudad.

En Hasteir en el obispado de Namur, san Noncio, que habia sido porquero. Su cuerpo es venerado en Vazor.

En Joarre, santa Telquida, virgen, primera abadesa de aquel monasterio.

En Luitre cerca de Rameru, en la diócesis de Troyes en Champaña, santa Tancha, virgen y mártir, venerada en Anjou.

Cerca de Aire en el Artois, san Venanto, solitario, muerto por unos malévolos.

En Sens, san Aldrico, obispo de aquella ciudad, cuyo cuerpo es venerado en Ferrieres en Gatinais, donde habia sido monje, luego abad.

Dicho dia, el venerable Hugues de Montaigu, obispo de Auxerre.

En Bethmada en el reino de Persia, el martirio de san Acépsimas, obispo, azotado hasta la muerte en la persecucion del rey Sapor, en la cual dice Sozomeno contarse diez y seis mil mártires entre hombres y mujeres, cuyos nombres se saben, y una

infinidad de otros de quienes se ignora hasta el número.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Ptolemaco y sus hermanos, mártires.

En Constantinopla, san Basiano, Acemeta, á cuyo honor el emperador Marciano mandó erigir una iglesia en dicha ciudad, en el mismo sitio donde murió.

En Citanova de Istria, san Máximo, venerado como obispo y mártir en Venecia, en la iglesia de San Canciano, donde se halla su cuerpo.

En Inglaterra, san Juan de Bridlington, canónigo reglar.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Ludovicum confessorem tuum per corporis mortificationem, et fidei præconium, sanctorum gloriæ cœquasti: præsta, ut quod fide profitemur, pietatis operibus jugiter impleamus. Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que igualaste al bienaventurado Luis tu confesor á la gloria de los santos por medio de la mortificacion del cuerpo, y de la predicacion de la fe: concédenos que lo que profesamos por la religion, lo cumplamos con obras continuas de piedad. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epistola es del cap. 31 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia VI, pág. 148.

REFLEXIONES.

Una de las verdades mas importantes que contiene la epistola de este dia, es el señalar el lugar determinado en donde colocan sus bienes los justos, y en donde los mantienen libres de todos los peligros. *El Señor, dice, es en quien el justo establece todos sus bienes.* Antes habia asegurado que es bienaventurado el

que desprecia el oro, y no pone su esperanza ni en los tesoros, ni en el dinero. Pero siendo imposible que el corazon humano, hecho para amar, no ponga en alguna cosa su inclinacion, quiso el Espiritu Santo darnos á entender hácia qué objetos dirigian esta los hombres justos. Como en estos se supone la rectitud de intenciones, y sus obras con todo el orden y direccion de la moral cristiana, quiso significarnos que en ellos tenemos un modelo por donde arreglar nuestras acciones. El hombre, tanto justo, como perverso, tiene una alma racional, adornada de unas potencias, de las cuales se sirve en todas sus operaciones. El entendimiento conoce los objetos, y los presenta á la voluntad para que los abraza ó repruebe. Segun sea el concepto que se forma de las cosas, así serán virtuosas ó desarregladas las acciones. La voluntad no puede amar una cosa sino bajo el concepto de bien; y si fuésemos tan dichosos que nuestro entendimiento, fiel en sus operaciones, nos presentase las cosas del mundo conforme son en sí, jamás nos merecerian otra cosa que aborrecimiento y desprecio. Nuestro daño y nuestra miseria consisten en que nuestro entendimiento, extraviado y corrompido por las pasiones, propone como bueno lo que en realidad es malo y desordenado. La voluntad, que es una potencia ciega, y no puede examinar las cosas por sí misma, cae fácilmente en el lazo, y de aquí viene toda nuestra miseria. Pero con todo eso, somos inexcusables, ya porque Dios nos ha dado la ley, nos ha puesto un precepto de rumiarla dia y noche, dándonos los suficientes talentos para evacuar estas obligaciones, y ya porque lo que su divina justicia nos propuso en su legislacion, nos lo da practicado y recomendado en sus siervos la divina misericordia. Esto mismo debemos conocer acerca de la idea de los verdaderos bienes que tienen los justos, que no son otros que el

mismo Dios. En aquel cúmulo de bondad, en aquel tesoro de riquezas infinitas, y en aquel abismo de gracias inmensas, allí es en donde los justos establecen sus bienes. Allí los colocó san Luis Beltran, como hemos visto en el discurso de su vida; y allí mismo deberá colocarlos aquel cristiano, que por medio de la imitación de los santos quiera cumplir la ley divina, y asegurar su felicidad para siempre. Reflexiona cuán distante va tu conducta de la conducta de los santos, y qué distinto concepto te merecen los falsos bienes del mundo cuando tan poderosamente arrebatan tus atenciones. Pues ya es tiempo de conocer las cosas conforme son en sí; ya es tiempo de abandonar engaños y de seguir verdades. El tiempo es breve, decía san Pablo á sus discípulos; y con mucha mas razon se lo puede decir á si mismo el que tan poco ha obrado de bueno. El tiempo es breve; se acerca un juicio terrible; quien te ha de juzgar es Dios; y tus obras no pueden producirte otra cosa que desconfianza. Cuida, pues, ó cristiano, de hoy en adelante de hacer cierta tu eleccion y vocacion por medio de unas obras arregladas al espíritu del Evangelio.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia VI, pag. 150.

MEDITACION.

SOBRE LA IMPORTANCIA DE PROCURAR LA SALUD DEL ALMA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ningun bien hay en este mundo, de cualquiera manera que pueda pertenecerte, que te interese tanto como la salud de tu alma; y de consi-

guiente, este cuidado debe ser el primero entre todos tus cuidados y ocupaciones.

Para pesar el mérito de las cosas, no puedes hallar regla mas segura que el juicio de Dios, manifestado en sus santas Escrituras, y confirmado con las operaciones de sus elegidos. Porque, ¿qué error podrás hallar en una infinita sabiduria, ni qué daño podrás temer de una infinita bondad? Pues ahora bien; nada hay para nuestro gran Dios tan amable, tan precioso y tan deseado como la salud de nuestras almas. Para este fin, crió los cielos y la tierra: á este objeto dirigió sabiamente todas las cosas, y apenas hay un ser en este mundo que no nos acuerde que todo es vano, todo es inutil menos la salvacion de nuestras almas. Si consideras despues las diligencias practicadas por Dios para proporcionarte la consecucion de tan gran fin, se hace preciso que la persuasion llegue en tí hasta la evidencia. Porque, ¿qué omitió para enseñarte el camino de la salud? ¿qué auxilios y qué gracias te escaseó para que pudieses amarle libre de asechanzas y de peligros? Solo con que consideres que para este fin envió á su Hijo unigénito al mundo, para este fin se escribieron los evangelios, predicaron los apóstoles, y sufrieron tantos santos el martirio, basta para que formes un concepto justo del sumo aprecio y estimacion con que mira Dios este negocio.

Esto que se dice respecto de Dios, debe tener una fuerza mucho mayor respecto de tí mismo; porque ¿qué cosa puede haber en los cielos ni en la tierra que te pueda interesar tanto como la salud de tu alma? En esta materia no se trata de un bien particular, cuya pérdida desconcierte por un momento y transitoriamente tus dichas. Se trata de un bien que reúne en sí todos los bienes: de un bien que te puede hacer enteramente venturoso, y su pérdida eternamente desventurado: de un bien, en fin, que, una vez per-

dido, llegas á perder hasta la misma esperanza, que es el último de todos los bienes y el único consuelo que queda al infeliz y al pecador en medio de los mayores males. Y debes considerar que, cuando trabajas por la salud de tu alma, trabajas para tí exclusivamente; adquieres un bien que únicamente se ha de refundir en sola tu persona; y un bien, finalmente, que él solo basta para asegurar todas tus dichas. Y siendo esto así, ¿serás tan necio, que pierdas el sueño y la comodidad por adquirir los bienes del mundo, despreciando este que tanto te interesa? ¿pondrás todavía todos tus anhelos en que tus herederos queden ricos, en que tu familia viva con opulencia, en que admiren tus conciudadanos tu zelo en solicitar el bien del estado, y otros bienes que tampoco te pertenecen, y únicamente has de descuidar de la salud de tu alma?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta estar persuadidos de la importancia de la salud de nuestra alma si en todas nuestras obras no nos la proponemos por objeto, dirigiendo á este fin todos nuestros desvelos y todos nuestros cuidados.

Así como nada aprovecha creer todos los misterios de la religion, y dar un firme asenso á las verdades reveladas, si no confirman las obras la sinceridad de nuestra creencia; de la misma manera se puede decir que nada importa conocer que la salud del alma es el bien mas apetecido de Dios, y mas importante para nosotros, sino hacemos ver en las obras la eficacia de esta persuasion. Por tanto, precisados en este mundo á formar sociedad con los demás hombres, y á tratar una multitud de negocios, que pueden servir para nuestra salud eterna, ó para nuestra eterna condenacion, debemos estar alerta, y preguntarnos á nos-

otros mismos en el principio, en el medio y al fin de nuestras obras: ¿qué provecho puede traerme esto para la salud de mi alma? Por este medio, lograrás dirigir al fin mas interesante de toda tu vida las cosas mas minimas, que, por despreciables que sean, pueden tener gran conducencia para adquirirme el bien de los bienes. Este es un medio de los mas poderosos para evitar los pecados, y convertir en obras útiles para la vida eterna las acciones mas indiferentes. Pregúntate al tiempo que te preparas para un festin ó para asistir á un espectáculo: ¿qué provecho me resultará de estas diversiones para la salud de mi alma? En los negocios que te ves precisado á tratar por tu oficio, por tu empleo, ó por tu estado; en la educacion de tu familia, en las conversaciones familiares y en todas las acciones de la vida, pregúntate: ¿qué beneficio podrá producirte esto para la salud de tu alma? Yo sé que, si tu corazon no es mas insensible que el bronce, y tu obstinacion igual á la de un precito, esta sola pregunta ha de poner freno á tus pasiones, y alejarte de los precipicios. Porque ¿cómo es posible que se dejasen los hombres correr tan á rienda suelta tras su perdicion, si tuviesen presente el único negocio de su vida, que es la salud de su alma? ¿cómo es posible que la mujer profana fijase su atencion en los adornos lascivos, si al tiempo de ataviarse se acordara de que habia nacido para una felicidad eterna y para salvar una alma redimida con la sangre de Jesucristo?

Nada le aprovecha al hombre, se dice en el evangelio de san Mateo (cap. 16), adquirir todos los bienes del mundo, si su alma padece algun detrimento. Esta verdad tan sólida y tan luminosa, que se hace entender por sí misma, te está apremiando en todas las acciones de tu vida. Por tanto, todas ellas las debes dirigir á este importante fin, porque, como dice san

Juan Crisóstomo (Homil. 2 in Joan.), es la mayor de todas las locuras el que velando continuamente nuestro comun enemigo para la perdicion de nuestras almas, nosotros por el contrario hayamos de estar dormidos, sin poner igual diligencia por nuestra salud, á la que para nuestra perdicion pone el demonio. Este dragon infernal anda al rededor de nosotros, dice el apóstol san Pedro, como un leon embravecido para devorarnos. En las acciones mas minimas de nuestra vida nos tiende lazos y asechanzas, de consiguiente se necesita toda nuestra vigilancia y toda la gracia de Dios para eludir sus artificios. De aquí se infiere que todas tus obras, todas tus acciones, todos tus pensamientos y conatos los debes dirigir á un solo objeto, que es la salud de tu alma.

JACULATORIAS.

Deus vult omnes homines salvos fieri. 1 ad Timoth. cap. 2.

Mi Dios desea sencillamente la salvacion de todos los hombres, y para conseguirla les ha dado los medios necesarios.

Pereat mundi lucrum, ne fiat animæ detrimentum.

S. Eucher. epistola ad Vaier.

Perezca, pues, y huya de mí toda ganancia de los bienes del mundo, con tal que mi alma no padezca detrimento.

PROPOSITOS.

El negocio del alma no solamente es el primero y principal entre todos los negocios, sino que es el único y el necesario. El mismo Jesucristo pronunció esta verdad en casa de Marta defendiendo la inaccion de Maria, acusada de su hermana, porque no atendía á los

negocios de la casa, y se ocupaba únicamente en oír la celestial doctrina á los piés del Salvador. *Marta*, *Marta*, le dijo, *andas demasiado solícita en los negocios del mundo, y su muchedumbre te distrae y te fatiga; ten entendido que una sola cosa es necesaria, y que María eligió esta, que es la salud del alma, la cual le ha de durar para siempre.* Estas palabras te enseñan que entre todas las cosas del mundo no hay nada que no te sea superfluo sino la salvacion de tu alma. Esa dignidad que tanto apeteces y que pretendes lograr por medio de bajezas y de injusticias, de ninguna manera te es necesaria. Esas riquezas que apetece tu corazón; ese lujo en que tanta satisfaccion encuentra tu alma; esas delicias en que vives engolfado; esa sabiduría de que vanamente te precias y que realmente es ignorancia delante de Dios; esa frágil hermosura tan expuesta á la corrupcion, y que ha de ser pasto de gusanos en un sepulcro; esa gloria, ese honor y esa fama que te alucinan hasta el punto de despreciar tu vida y tu salvacion; nada de eso te es necesario, antes bien todo ello te es nocivo. De aquí puedes inferir cuáles deberán ser tus propósitos en este día; deben ser sin duda la salvacion de tu alma. Este solo objeto debes proponer á todas tus acciones, y reflexionar lo que dice Hugo de San Victor: *Jesucristo murió una vez por tu salud; si llegas á perderla, no hay otro Cristo que vuelva á padecer muerte y pasion para que puedas recuperarla.* Hasta este punto, ó Dios mio, he andado dissipado, poniendo mi atencion en los bienes pasajeros del mundo que nada me interesan. Vos, por vuestra divina misericordia, me habeis hecho conocer lo errado de mi conducta. Sin vos no hay bien que pueda llamarse propiamente tal. El que no os posee, aunque obtenga todos los bienes del mundo, es verdaderamente pobre. El que á vos os pierde, todo lo perdió y se perdió á sí mismo. De aquí adelante vos seréis el

único objeto de mis fatigas, y el norte seguro adonde se dirijan mis esperanzas. Teniéndooos á vos, tendré segura la salvacion de mi alma, y podré confiar que cooperaré tambien á la de mis prójimos. No se apartará de mi memoria lo que dice vuestro divino espíritu en el Eclesiástico (cap. 14): *El que para si es malo, ¿para quién podrá ser bueno?* Si yo desprecio mi salvacion, ¿cómo será posible que procure la de mis hermanos? Echad, Dios mio, vuestra soberana bendicion sobre estos pensamientos que me inspira vuestra misericordia, y dadme gracia para permanecer firme en estos santos propósitos.

DIA ONCE.

SAN TÁRACO, PROBO Y ANDRÓNICO,
MÁRTIRES.

San Táraco fué romano, es decir, gozaba derechos y privilegios de ciudadano romano. Nació en Claudiópolis de Isauria, y fué hijo de tropa. Era de setenta y cinco años de edad, y habia servido en los ejércitos de los emperadores con el nombre de Victor; pero haciéndose cristiano, dejó el servicio, pidiendo licencia á su capitan que se llamaba Polibion.

Probo, de menes edad que Táraco, aunque era originario de la provincia de Tracia, nació en la de Panfilia, y sin embargo de ser de familia humilde y plebeya, era hombre rico; pero todo lo dejó por dedicarse únicamente al servicio de Dios.

Andrónico fué de nacimiento mas illustre; debióle á una de las casas mas calificadas de la ciudad de Efeso; era jóven, bien dispuesto y de mucho talento. No se

sabe por qué casualidad ó aventura los juntó á todos tres la divina Providencia; solo se sabe que por los años de 304, poco despues que se publicaron los edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra los cristianos, dos arqueros ó dos alguaciles, llamados Eutolmio y Paladio, presentaron á Máximo, gobernador de Cilicia, aquellos tres extranjeros por haber confesado desde luego que eran cristianos. Dió principio el gobernador á su interrogatorio por el mas viejo, y le preguntó cómo se llamaba. *Llámome cristiano*, respondió Táraco. *Impío*, replicó Máximo, *no te pregunto tu profesion, sino tu nombre. Mi nombre es cristiano, porque lo soy*, repuso Táraco. Irritado el gobernador, mandó descargar crueles bofetadas sobre su venerable rostro; no cesando de exhortarle á que tuviese lástima de su ancianidad, y tratase de rendir culto á los dioses á quienes adoraban los emperadores. *Y porque los emperadores quieran adorar á los demonios*, respondió Táraco, *¿tengo de adorarlos yo? No hay en el cielo ni en la tierra mas que un solo Dios; á este adoro; á su santa ley me rindo, la guardo y la obedezco. Infeliz y miserable*, replicó Máximo, *¿háll otra ley que la del príncipe? Y como que la hay*, respondió el santo mártir; *la ley de Dios que condena vuestra impiedad. Despójente de los vestidos*, dijo colérico el tirano, *despedácentle el cuerpo á azotes para ver si sana de su locura. La mayor prueba del juicio y de la cordura de los cristianos*, respondió Táraco, *es sufrir todos los tormentos y la misma muerte por amor de Dios y de su único hijo Jesucristo. Luego tú adoras dos dioses*, le arguyó Máximo; *y si adoras dos, ¿qué razon tendrás para no adorar á los nuestros? No lo permita Dios*, respondió el santo; *á uno solo adoro cuando adoro al Hijo, que es en todo igual y consubstancial á su Padre. Para conocer este misterio, es menester ser cristiano; sin je ni se puede discurrir, ni se puede hablar*